



Ciudad Nueva, para que pronto veamos también publicadas las otras obras del maestro alejandrino, que aún permanecen ignoradas por la mayoría de los lectores de lengua castellana.

D. Ramos-Lissón

**Nicolás DE CUSA**, *De Possess*, introducción, traducción y notas de Ángel Luis GONZÁLEZ, Cuadernos de Anuario Filosófico («Serie Universitaria», 4), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 87 pp.

**Nicolás DE CUSA**, *La cumbre de la teoría*, introducción, traducción y notas de Ángel Luis GONZÁLEZ, Cuadernos de Anuario Filosófico («Serie Universitaria», 9), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 72 pp.

Nicolás de Cusa (1401-1464), un filósofo y teólogo original en la transición de la Edad Media al Renacimiento, de hondo conocimiento de las tradiciones platónica, neoplatónica, aristotélica (a través de Averroes) y escolástica, es el autor de estas dos breves obras dialogadas, *De apice theoriae* (1464) y *De Possess* (1460), ahora traducidas al castellano, introducidas y comentadas por el Dr. Ángel Luis González, en la Serie Universitaria de *Anuario Filosófico*.

El pensamiento de Nicolás de Cusa puede articularse en torno a su búsqueda (cumbre de toda investigación) de la definición más apropiada del Absoluto, teniendo en cuenta que «nadie jamás llegará a saciarse con lo que es mayor que toda comprensión, sino que se dedicará afanosamente siempre a intentar comprenderlo mejor» (*La cumbre de la teoría*, 2).

La especulación metafísica parte de la pregunta sobre qué sea esto o aquello, es decir, de la pregunta por la esencia o quiddidad de las cosas. Como señala Cusa, la pregunta

más alta es qué sea, una indagación sobre la quiddidad en sí misma. Así llega a darse cuenta de que toda investigación debería buscar la comprensión del Absoluto: la realidad más alta, sin duda alguna, y que merece toda la atención del estudioso. Pero, y aquí está uno de los temas del pensamiento de Nicolás de Cusa, el deseo intelectual que mueve al hombre a conocer qué sea lo más alto (del Dios cuya existencia se presupone), a conocer su esencia, su definición, su «nombre», parece estar dirigida al fracaso y, así, no sería posible una afirmación positiva del absoluto dada su inefabilidad (sólo es posible el deseo intelectual de llegar a él, pero no se lograría la visión, la contemplación cara a cara, salvo en el caso de la visión beatífica). Pero en cierto modo el hombre conocería algo del absoluto si, al menos, tendiera hacia él de un modo intelectual. Ante estos problemas, en la vía de su solución, se entremezclan las teorías gnoseológicas y metafísicas sobre Dios, el mundo, el conocimiento y la relación entre ellos.

El conocimiento del Absoluto no es adecuado y perfecto porque el Absoluto es lo infinito, eterno y para ser conocido por nosotros, ha de serlo mediante un entendimiento que se asemeje a él que es finito y limitado. Luego el entendimiento humano no podría en modo alguno lograr un conocimiento positivo de Dios (puesto que Éste es absolutamente inefable). En efecto, (*De Possess*, 40): «todo aquello de lo que se tiene un concepto, ciertamente está encerrado en ese concepto. Dios, en cambio, excede a todo eso». Es inefable porque (*De Possess*, 41): «no puede ser limitado o definido por nosotros con ningún nombre o término, ya que no puede ser concebido». Dios es inefable, pero podemos tener alguna noción de Dios por vía negativa.

Entendiendo la «docta ignorancia» como el modo de acercamiento intelectual al absoluto (único en esta vida, anterior a la visión beatífica), Nicolás de Cusa hace entender cómo



mo, desde el conocimiento del mundo como «imago Dei» lo vemos como lo principiado, superamos el entendimiento y nos percatamos (en una «visión») de la relación de inmensurabilidad entre lo creado y el creador, pese a que lo creado es un «rastros del absoluto». Acentuando el conocimiento de lo creado («docta») nos percatamos de la distancia («ignorancia»). Entonces nos acercamos a Dios que es inefable, sin llegar a verle claramente sino con un cierto conocimiento, visión que guía la búsqueda o deseo, vislumbrando vagamente desde lejos «la meta del reposo». Así, su teoría gnoseológica añadiría otra forma de conocimiento, la visión racional: un conocimiento muy superior al del entendimiento, pero aún muy imperfecto (Cfr. *De Possess*, 46). La facultad superior (que ya no es el entendimiento sino la visión) es una visión que nunca es completa, que no se detiene en la contemplación del objeto (Dios) porque no llega a él de modo adecuado sino aproximado, y que sólo puede expresarse por simbolismos y sugerencias (Cfr. *De Possess*, 51, 53, 61).

Pero ese poder ver lo creado como un rastro de Dios es algo que merece para el Cardenal una consideración más atenta que le lleva a dar una explicación de la creación, de la presencia del absoluto en ella, y del modo en que lo creado se encuentra en Dios. Nicolás de Cusa presenta la transcendencia divina sin menoscabo de su inmanencia en lo mundano. Dios, lo inefable, es visto mediante una manifestación de sí mismo (Cfr. *De Possess*, 31), y es posible porque el mundo es imagen de Dios (Cfr. *De Possess*, 72), porque es principiado y creado por Él.

La noción de creación es entendida en el *De Possess* como el paso en la criatura del no ser al ser, de la nada a ser algo. Ser un algo que podía ser pero podía no ser, porque deriva de Dios como 'possess', el que es todo lo que puede ser, anterior a toda oposición y diferencia.

Junto con la noción de creación se introducen otros problemas, ya mencionados,

imbricados en ella: la presencia de las cosas en Dios y la presencia de Dios en las cosas. En Dios están todas las cosas mundanales, pero de un modo distinto (no mundanal) (cfr. *De Possess*, 71) (no hay panteísmo); luego la presencia de Dios en el mundo, su inmanencia respetando la transcendencia, no es de modo completamente transparente: no vemos en las cosas a Dios tal y como Éste es, sino como el principio de lo principiado, al serle comunicado a la cosa en su 'poder ser'.

La noción de Dios como 'poder ser' («possess») será superada en su obra posterior *De apice theoriae*, traducida como *La cumbre de la teoría*. Las distintas definiciones ensayadas en sus obras anteriores parecen tanteos aproximativos a la propuesta de su última obra que señala al Absoluto como «posse ipsum».

Entendiendo la potencia como lo anterior al acto (pues todo lo que es puede ser Nicolás de Cusa ve que el poder mismo (sin el cual nada puede nada) es la vía especulativa que le lleva a una comprensión más correcta del absoluto (*La cumbre de la teoría*, 4). «El poder mismo, más potente que el cual no hay nada, y respecto del cual nada puede ser anterior ni mejor, es mucho más apto para nombrar aquello sin lo que nada puede ser, vivir y entender, más que el possess o cualquier otro vocablo». Si Dios puede tener nombre, el nombre que mejor lo denomina será ciertamente el poder mismo «más perfecto que el cual no hay nada».

Los temas de obras anteriores son retomados en esta obra al hilo de una nueva visión más abarcante: Dios como 'posse ipsum', y más cercana a nombrar lo inefable porque el «poder» es, por decirlo así, la noción más radical con la que podemos asir la realidad, ya que al poder no se le puede añadir nada, ni el ser añadiría nada al poder. Nada es anterior al poder mismo, del cual es una imagen el poder concretizado. El poder sería la esencia invariable de todas las sustancias que reconduciría las investigaciones anteriores sin



rechazarlas a la luz del 'posse' como la última presuposición, presuposición absoluta en todo.

I. Zorroza

**Ernst DASSMANN**, *Augustinus. Heiliger und Kirchenlehrer*, Kohlhammer-Verlag, Stuttgart-Berlin-Köln 1993, 185 pp.

De nuevo nos encontramos ante un trabajo introductorio del pensamiento de San Agustín. Puesto que este Doctor de la Iglesia es de suyo tan poderoso y su influencia en el mundo occidental tan profunda, un buen libro de divulgación sobre este autor puede alcanzar un elevado grado de interés. Este es el caso del estudio de Dassmann, ciertamente profundo a la vez que muy ameno. El fin de esta exposición es lograr un encuentro provocativo y sugerente con la persona y la obra del obispo y teólogo norteafricano, para lo cual el Prof. Dassmann, Ordinario de la Universidad de Bonn, muestra que la teología agustiniana, precisamente por su íntima vinculación con la persona y con la época de Agustín, es extraordinariamente actual.

El libro consta de doce capítulos, en los que se tratan los temas capitales de la teología de Agustín: vida y obra; introducción a las *Confesiones*; exégesis bíblica; la experiencia mística de Ostia; relaciones fe-razón; doctrina trinitaria; gracia y predestinación; sentido de la historia; la Iglesia; la eucaristía y la *communio* eclesial; y la influencia de Agustín en la posteridad.

Dassmann selecciona los textos agustinianos más relevantes para acompañarlos de agudos comentarios que se proyectan en un doble ámbito: en primer lugar, hacen comprensible el pensamiento agustiniano en sí mismo y, en segundo lugar, analizan ese pensamiento desde los intereses de la teología contemporánea. En este sentido, los *excursus*

de Dassmann, siempre sobre la base de la fidelidad histórica a Agustín, muestran la actualidad y, en bastantes casos, la vigencia de los problemas, las vacilaciones y las soluciones del Obispo de Hipona.

Agustín (354-430) vivió, enseñó y escribió en una época de catástrofes económicas y políticas del Imperio Romano de Occidente. Este hecho no sólo ha proporcionado a la posteridad los veintidós libros *De civitate Dei*, compuestos como respuesta directa a la caída de Roma, sino que ha influido de manera general en el pensamiento y en la obra de Agustín. Se puede ser difícilmente optimista ante la cultura y admirador de la realidad terrena si se vive tan palpablemente la transitoriedad de las obras y la debilidad de las virtudes humanas. La teología de Agustín es una teología de la vivencia en el sentido de que nunca se limita a constatar imparcialmente algo, sino que eleva al nivel del conocimiento objetivo lo que ha experimentado en su interior. Todo ello facilita ciertamente el acceso a su pensamiento.

Dassmann recoge, en este libro, su amplia experiencia como investigador y docente de la teología agustiniana. Cuando la docencia se nutre de la investigación, se consiguen resultados tan gratificantes como el presente.

A. Viciano

**Enrique DE LA LAMA**, *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación*, prólogo del Card. José T. Sánchez, Ediciones Palabra (Col. «Libros Palabra», 7), Madrid 1994, 213 pp.

Este libro aborda una cuestión tan importante para la vida de la Iglesia como es clarificar, desde nuestro momento histórico y teológico, la naturaleza y el discernimiento de la vocación sacerdotal. Además, esta obra resulta interesante por su repercusión pastoral, porque propone el ideal sacerdotal con todo